

**Raúl Burgos**

**Universidade Estadual de Campinas,  
Campinas, São Paulo, Brasil**

***La interferencia gramsciana***  
**en la producción teórica y política de la**  
**izquierda latinoamericana**

Preparado para la discusión en el encuentro de 1997 de la *Latin American Studies Association*, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, del 17 al 19 de abril de 1997.

## Que le dijo el movimiento comunista internacional a Gramsci

*No tengo edad,  
no tengo edaaaaad  
para amarte...*

*Roque Dalton*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Un libro levemente odioso*, UCA, San Salvador, 1992.

Roque Dalton es uno de los más prestigiosos poetas salvadoreños. Nacido en 1935, hijo de padre norteamericano y madre salvadoreña, en 1953 con 18 años viaja a Chile donde conoce a Neruda, a Vallejo y al marxismo. A su regreso a El Salvador se incorpora a la lucha contra la dictadura de Lemus, y en 1961 sufre el primer exilio en México, llevando en su mochila dos prisiones y una condena a muerte. En 1962 pasa a vivir en Cuba y a participar activamente en los medios intelectuales. A fines de 1963 entra clandestinamente a El Salvador. Descubierto, es secuestrado y torturado en 1964. Condenado a muerte, un terremoto derrumba la Cárcel en que se encontraba y consigue escapar. Vuelve a Cuba. En 1966 es delegado a la OLAS. Entre 1966 y 1967 es miembro del comité de redacción de la revista internacional "*Problemas de la paz y del socialismo*", en Praga. Posteriormente ingresará a El Salvador con el rostro transformado para evitar la persecución y será muerto por fusilamiento el 10 de mayo de 1975 a manos de sus propios compañeros del PRS-ERP, debido a disidencias políticas, en un asesinato ordenado por la dirección del partido, encabezada entonces por Alejandro Rivas Mira. Como expresara el escritor salvadoreño Eraclio Zepeda, Roque Dalton fue asesinado "*por la irracionalidad de un primitivismo que pretendió ser revolucionario, en los primeros meses de la lucha armada en El Salvador*".

## I.-Gramsci en América Latina

La cuestión de la difusión de la obra de Antonio Gramsci en América Latina ya fue objeto de múltiples estudios. El tema mereció un seminario internacional en Italia (Ferrara, 1985) organizado por el *Instituto Gramsci* bajo el nombre de "Transformaciones políticas en América Latina: la presencia de Gramsci en la cultura latinoamericana"<sup>2</sup>. Este hecho es de por sí indicativo de la importancia que tuvo la difusión de este pensamiento en estas regiones. Sobre este proceso nos interesa adelantar algunas observaciones. En primer lugar, una observación cronológica: podemos dividir la historia de la relación del pensamiento de Gramsci con América Latina en dos períodos más o menos diferenciados: el primero de ellos desde el comienzo de los años 50 hasta el primer lustro de los 70; el segundo, desde mediados de los años 70 en adelante. En la primera etapa los principales centros de edición de la obra de Gramsci en América Latina fueron Argentina (en un primer momento con las ediciones de la *Editorial Lautaro*, vinculada al Partido Comunista de la Argentina (PCA), que realizó la primera difusión a nivel continental de la obra gramsciana<sup>3</sup> y a partir de 1963 con las ediciones del grupo de *Pasado y Presente*); y Brasil a través de las ediciones de la editorial *Civilização Brasileira*<sup>4</sup>. Sobre la segunda fase de la difusión gramsciana, José Aricó extiende para América Latina la expresión que Marco Aurélio Nogueira había acuñado para el mismo período en Brasil, señalando que las ideas de Gramsci "explotaron como un volcán" (Aricó, 1988: 12).

En segundo lugar, una observación teórico-política: en la primera etapa la difusión del pensamiento gramsciano se realiza en una relación no conflictiva con el paradigma clásico de revolución que tiene origen en la Revolución Rusa. En el caso argentino, en el período comprendido entre 1950 y 1963, Gramsci aparece vinculado y limitado a los sectores del PCA que militaban en el trabajo cultural. En este momento Gramsci era leído, básicamente, como un *teórico de la cultura*. En el segundo momento de esta primera etapa argentina, ya fuera de la estructura del PCA, en manos de los expulsados de sus filas, Gramsci se difunde vinculado a otras corrientes políticas de la época críticas de la política y la teoría del PCA pero continuadoras de la tradición leninista. Aricó nos dice sobre el tipo de difusión de esta etapa:

La revista [*Pasado y Presente*], cuya primera serie concluye en septiembre de 1965, pretendía organizar una labor de recuperación de la capacidad hegemónica de la teoría marxista sometiendo a la prueba de las demandas del presente. Desde esta preocupación, y aunque ello no fuera muchas veces expuesto de manera rotunda en sus contribuciones, cuestionábamos el llamado "marxismo-leninismo" como patrimonio teórico y político fundante de una cultura de transformación. Lenin era, para nosotros, la demostración práctica de la vitalidad de un método y no una suma de principios abstractos e inmutables; su filosofía no debía buscarse allí donde se creía poder encontrarla sino en su acción práctica y en las reflexiones vinculadas a ésta. No en *Materialismo y empiriocriticismo*, sino en las *Tesis de Abril...* (Aricó, 1988: 62-63).

...Eramos una rara mezcla de guevaristas togliattianos. Si alguna vez esta rara combinación fue posible, nosotros la expresamos (Aricó, 1988: 75).

Más adelante agrega el lugar que ocupaban en las concepciones del grupo "...las matrices leninistas y gramscianas" que constituían el fundamento teórico de las reflexiones del grupo. "Gramsci no nos liberó de Lenin -señala Aricó, resumiendo lo que nos parece una característica bastante general de la *Nueva Izquierda* de la época- simplemente nos permitió tener de sus ideas una concepción más compleja, más abierta..." (Aricó, 1988: 79).

Por su parte Juan Carlos Portantiero expresa sobre el mismo punto:

---

<sup>2</sup> No tenemos noticia de que se hayan publicado las actas de este encuentro. Sin embargo, en portugués fue publicado el libro "Gramsci em América Latina" (Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1988), organizado por Carlos Nelson Coutinho y Marco Aurélio Nogueira, donde se encuentran algunos de los ensayos presentados en la ocasión. Por otra parte en el Suplemento/4 de la revista *La ciudad futura* (Buenos Aires, agosto de 1987) se publican en español algunos de estos artículos. En ninguna de estas publicaciones se menciona una edición en italiano de las actas del encuentro de Ferrara.

<sup>3</sup> En 1950 *Lautaro* publica las *Cartas desde la cárcel*; en 1958 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, con prólogo de Héctor Agosti; en 1960, *Los intelectuales y la organización de la cultura*; en 1961, *Literatura y vida nacional*, traducido por José Aricó y con prólogo de Agosti; y en 1962 *Las Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, con traducción y prólogo de José Aricó. Los dos volúmenes restantes, según la edición en seis libros de la editorial italiana *Einaudi* fueron publicados en español mucho más tarde: en 1977 se publica *Pasado y Presente* y, en 1980, *El Risorgimento*, ambos por la editorial mexicana Juan Pablos Editor.

<sup>4</sup> En 1966 aparecieron *Concepção Dialética da História [El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce]* y *Cartas do Cárcere*; en 1968 *Maquiavel, a política e o Estado moderno*, *Literatura e vida nacional* y *Os intelectuais e a organização da cultura*.

...Es que no se trataba sólo de Gramsci. Nosotros hacíamos una especie de cóctel, donde Gramsci convivía con Guevara y la Revolución China. En ese conjunto nosotros veíamos posibilidades de articulación, con un discurso historicista y voluntarista frente a otro que nos parecía especulativo y científicista. Cualquiera de esas tres entradas (el culturalismo, Gramsci, o Guevara) nos ayudaba a pensar las cosas de esa manera. Aunque utilizábamos más a Gramsci, por sus análisis sobre la cultura y las clases subalternas (Portantiero, 1991: 8)

En tercer lugar, una observación sobre el terreno de la difusión. En el primer ciclo, Gramsci no consigue un lugar destacado en la universidad. En los años 50 la difusión era incipiente y reducida a pequeños círculos. En los 60, el debate en la universidad latino-americana está marcado por los temas traídos por la Revolución Cubana lo que lleva a Aricó a denominar el período como “los años de Cuba”, expresando un estado de ánimo y una predisposición de espíritu para un tipo de lectura en la cual Gramsci entraba tangencialmente, como *parte* de un movimiento renovador dentro del marxismo pero sin una relevancia particular. Será sólo en el final de este primer ciclo que Gramsci comenzará a ocupar un espacio mayor en la vida académica. En el segundo ciclo, por el contrario, Gramsci está ya instalado en la universidad y ésta se transforma en un lugar privilegiado de su difusión y discusión<sup>5</sup>. Arnaldo Córdova se refiere al ingreso de Gramsci en la universidad mexicana, todavía en la década del 60, señalando una modificación en la dirección de difusión anterior:

Fuera de la izquierda militante algo positivo sucedió en aquellos años. Gramsci entró en algunos ambientes académicos. Jóvenes profesores marxistas sin militancia política, muchos de los cuales habían estudiado en Europa e inclusive en Italia, trajeron, junto con las obras juveniles de Marx recién descubiertas, una nueva visión del marxismo en la cual era común y necesaria la referencia a Gramsci (...) Ahora un mayor número de personas pasaba a conocer a Gramsci, y directamente en italiano, pues las traducciones argentinas de sus obras estaban agotadas y ya no circulaban en la mitad de los años 60 (Córdova, 1988: 98).

También es claro que el hecho de que ese “mayor número de personas [que] pasaba a conocer a Gramsci” lo hiciera “directamente en italiano” es indicativo del tipo restricto de difusión. El propio Córdova reconoce el hecho observando que “a pesar de todo, el número de conocedores de Gramsci continuo siendo extremadamente reducido” (ibid). Córdova señala al mismo tiempo como Gramsci pasa a ser masivamente conocido a través de los textos de Althusser, con todos los problemas que esta mediación acarrea. Es válido pensar que el modo de ingreso de Gramsci en la universidad en América Latina haya tenido esa forma “molecular” y difusa que se expresa en el texto de Córdova.

A mediados de la década de 70, México, país de una configuración política interna controvertida, a través de su política exterior sirvió de abrigo generoso para diversas tendencias de exiliados políticos. En particular militantes e intelectuales de izquierda de distintos países latinoamericanos afectados por la trágica etapa de las dictaduras militares encontraron en México una acogida amable hecho que convirtió a este país, a partir del segundo lustro de los años 70, en punto neurálgico de la vida política latinoamericana. En una América del Sur sumergida en dictaduras militares sanguinarias, con la democracia política imperando en unos pocos países y con una América Central incendiándose en movimientos revolucionarios, México (fundamentalmente, pero no sólo: también Venezuela, Cuba, Costa Rica, jugaron un papel similar, aunque de menor envergadura) fue caja de resonancia y lugar privilegiado para la observación, estudio y discusión de los procesos en marcha en las sociedades latinoamericanas, y sus universidades e institutos de pesquisa espacios frecuentados por una pléyade de intelectuales vinculados a la izquierda de las varias tendencias que crecieron en esos años turbulentos. México fue al mismo tiempo un lugar importante en la publicación de textos vinculados a la cultura socialista y al marxismo en particular. Ese “caldo cultural” será entonces, escenario destacado de una extensa experiencia de reflexión de la intelectualidad de izquierda latinoamericana sobre los motivos del fracaso de los proyectos transformadores encarados tanto por la vieja generación de izquierda como por la nueva generación, la llamada “izquierda revolucionaria”, la izquierda surgida en los años 60.

Vale la pena destacar ciertas características “institucionales” de la discusión y difusión de las ideas de la izquierda en estas circunstancias. Varios importantes encuentros de intelectuales jugaron un papel relevante. Son conocidos el Coloquio de Mérida (Yucatán), en 1973, cuyas ponencias y debates fueron publicados en el libro *Las clases sociales en América latina*, Siglo XXI, México; el Seminario de Oaxaca que resultó en el libro, *Clases sociales y*

---

<sup>5</sup> Esta observación es pertinente principalmente para Brasil y México así como para Perú o Venezuela, pero no para Chile, Argentina y Uruguay donde las dictaduras militares habían sometido la vida universitaria a una censura implacable.

*crisis política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977; el Seminario de Puebla ,en octubre de 1978, sobre el tema “El Estado de transición en América Latina” publicado como *Movimientos populares y alternativas de poder en latinoamérica*, Universidad autónoma de Puebla, 1980; el Coloquio de Culiacán (Sinaloa), en 1980, sobre Mariátegui; el Seminario de Morelia (Michoacán), también en 1980, dedicado a la discusión de la funcionalidad metodológica y política del concepto de hegemonía, -cuyas comunicaciones fueron publicadas en el libro *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, 1985, etc. En particular ese último seminario fue concebido en esa intersección problemática de política y teoría, y no por acaso la elaboración gramsciana de la hegemonía fue el elemento aglutinante. En el *Prólogo* al libro que resultó del seminario, cinco años después reflexionaba José Aricó:

El objetivo del seminario era romper esta suerte de brecha abierta entre análisis de la realidad y propuestas teóricas y políticas de transformación. Para ello era preciso tender a buscar una aproximación a la política que, sin desvirtuar la naturaleza de un seminario de científicos sociales donde se discute sobre teoría política, pugnara por encontrar un nivel de mediación con la realidad en la que las fronteras demasiado rígidas entre lo “académico” y lo “político” se desdibujaran... (Aricó, 1985: 12)

...El seminario, (...) no se propuso analizar cómo y a través de qué caminos se impuso históricamente la hegemonía de las clases dominantes en las naciones latinoamericanas, sino, más bien, cómo y a través de qué procesos y recomposiciones teóricas y prácticas puede construirse una hegemonía proletaria, o popular (...) capaz de provocar una transformación radical acorde con las aspiraciones democráticas de las clases trabajadoras del continente. Es precisamente esta perspectiva de las clases populares la que se deseaba subrayar... (Aricó, 1985: 11)

Por su parte, Julio Labastida, Director del *Instituto de Investigaciones Sociales* de la UNAM en ese época y coordinador del libro, expresa en la *Introducción* al mismo:

Ante la ausencia de una teoría capaz de unificar en el campo de la reflexión política los momentos democráticos y socialistas, las corrientes marxistas han insistido en la concepción clásica según la cual, y a partir de un arco de alianzas de clases dirigidas por el proletariado, el movimiento reivindicativo-corporativo de las masas será capaz de generar una crisis social y, en virtud de la presencia de una organización política determinada, podrá conducir a trastocar el poder existente. El objetivo central de las clases populares, según esta concepción, se expresa en una política llamada de “acumulación de fuerzas” que prepare el momento de la toma del poder. En la medida en que dicha acumulación de fuerzas es concebida esencialmente como una mera unificación instrumental y no como la expresión consciente de una hipótesis estratégica y de una teoría de la transición, no puede unificar en un proyecto social único al conjunto heterogéneo de las clases populares.

Los procesos políticos que condujeron en el pasado a una transitoria conquista del poder por no haber sido el resultado de una real y efectiva unificación social y política de las masas populares, se mostraron inmaduros para resolver las difíciles tareas que presupone la total transformación económica, social y política de un país, no lograron mantener el pleno consenso de las masas populares y condujeron rápidamente a soluciones autoritarias. El hecho de que en el análisis de estas experiencias frecuentemente las izquierdas socialistas tiendan a hacer recaer sobre factores “externos” al propio proceso la responsabilidad fundamental del fracaso, revela las limitaciones de las hipótesis estratégicas. En última instancia, a un extremo voluntarismo de la teoría corresponde una práctica que dicotomiza las propuestas democráticas y socialistas.

En este sentido, el objetivo del seminario fue reflexionar sobre las posibilidades de establecer un campo de análisis integrado para lo que en la realidad y en la teoría aparece desarticulado y hasta contrapuesto. Ello supone la reconsideración crítica de las categorías analíticas utilizadas hasta el presente. (Labastida, 1985: 9-10)

En los objetivos del Seminario de Morelia sintetizados en las palabras de Aricó y Labastida, puede leerse el desafío teórico-político de una extensa camada de intelectuales de aquel tiempo.

Dos grandes hallazgos realizados por la intelectualidad de izquierda en esta etapa son destacados: en primer lugar, el descubrimiento de José Carlos Mariátegui y sus esfuerzos por la producción de un marxismo no dogmático, de raíces latinoamericanas, y por la producción de un proyecto autóctono de socialismo; en segundo lugar, una re-lectura en nuevos códigos de la obra de Gramsci. El pensamiento gramsciano, como elemento integrante del gran torrente de la crítica antidogmática, se había difundido en América Latina bajo dos matrices principales: la matriz culturalista de lo “nacional-popular” y la matriz obrerista del “consejismo”, mediante las cuales se intentaba dar cuenta de los problemas que habían tenido los proyectos transformadores anteriores para insertarse en la “exótica” realidad latinoamericana. Sobre el carácter de la lectura de Gramsci que se difundía en el Brasil de fines de los años 60, nos dice Carlos Nelson Coutinho:

...El Gramsci presente no es el agudo teórico del Estado “ampliado” y de la revolución socialista en “occidente”, ni tampoco el investigador de formas “no-clásicas” de transición para la modernidad capitalista (la problemática de la “revolución pasiva”) sino el “filósofo de la praxis”, aquel que propone una lectura humanista e historicista del marxismo, diferente de la vulgata soviética que hasta entonces nos fuera impuesta. Así, no es por acaso que Gramsci en esa primer incursión brasilera, aparezca siempre al lado de Lukács y del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*: los tres son presentados como instrumentos privilegiados de una batalla ciertamente antidogmática, pero que se pretende todavía centrada sustancialmente en los terrenos de la filosofía, de la estética y de la sociología de la cultura (Coutinho, 1989: 59).

En la nueva perspectiva se pondrá el acento en el Gramsci “teórico de la hegemonía”, lo que significó un cambio radical del eje de reflexión. Es que con esta inflexión teórica se produciría un hecho que es clave para las futuras innovaciones: se introduce un cambio de **lógica** en el pensamiento de la transformación social en América Latina. Las anteriores matrices de discusión y difusión de la obra de Gramsci y de otros autores del llamado “marxismo occidental” que influyeron también de diversos modos en el curso de este largo proceso de renovación, estaban regidos por la **lógica del asalto al poder**, una cierta teoría del proceso transformador que encuentra en Lenin al más relevante teórico. En el nuevo eje de reflexión se pasa a un otro modo de pensar la transformación radical de la sociedad: de la lógica del asalto al poder se pasa a la lógica de *construcción de nuevos poderes*, la **lógica de la construcción de hegemonía**.

La vieja *lógica*, la *teoría leninista de la revolución* que a los tradicionales conceptos del materialismo histórico agregaba una serie de elementos tomados fundamentalmente de la Revolución Rusa, que especificaban los problemas práctico-políticos de la revolución, se constituía en trazos generales de la siguiente manera:

1.- Una teoría de las “condiciones” para la revolución que implicaba una cierta correlación entre condiciones “objetivas” y “subjetivas”. Las condiciones “objetivas” hablaban esencialmente del desarrollo “suficiente” del capitalismo, y eso significaba, en primer lugar, el desarrollo de la **base material suficiente** y de la **clase obrera**, como principal fuerza motriz de la revolución socialista. Las condiciones “subjetivas” eran tratadas en dos direcciones principales: una “teoría de las fuerzas sociales motrices” de la revolución y una “teoría de la vanguardia” o del “partido revolucionario”. La teoría de las fuerzas sociales motrices se fundaba en dos conceptos claves: (i) el papel central de la clase obrera y (ii) la alianza de ésta con otras clases *no antagónicas*, en primer lugar el campesinado pobre y, en segundo lugar, la pequeña burguesía urbana. La teoría de la vanguardia o del partido se basaba en la idea de la necesidad de la dirección y organización del proceso revolucionario a partir de la élite más conciente del movimiento obrero y revolucionario y la sumisión del conjunto del movimiento social transformador al “estado mayor revolucionario” organizado en el partido. El principio básico de organización de este “estado mayor-partido-vanguardia” era el “centralismo democrático”, considerado como principio que reflejaba el “nexo dialéctico” entre **conocimiento** y **transformación** del mundo.

2.- Una “teoría del Estado” que lo concebía en un sentido restricto-instrumental, como “aparato burocrático-militar a ser tomado y destruido”. Sobre sus cenizas se construiría el nuevo Estado.

3.- Una teoría de la “crisis del Estado”, un poco más compleja que su teoría del Estado, que tenía como punto culminante la desorganización social generalizada. La “situación revolucionaria” era sintetizada por Lenin como una etapa donde “los de arriba no pueden y los de abajo no quieren” sostener el estado de cosas imperante.

4.- Por último, una “teoría de la revolución” propiamente dicha, como “toma del poder político + posterior transformación de la estructura económico-social”: el primer momento explosivo -la “toma del poder”- el segundo, dependiente del primero temporal y lógicamente, más dilatado en el tiempo. El primer momento sería relativamente “simple” de realizar en las sociedades capitalistas menos desarrolladas y más difícil en las más desarrolladas; el segundo, más complicado en las sociedades atrasadas y relativamente más fácil en las sociedades capitalistas avanzadas, una vez que el “socialismo” era considerado, en su primera etapa, como un “cambio de manos” de la administración de la riqueza social. El concepto básico en esta teoría de la revolución era el de “dictadura del proletariado”, a tal punto que se puede decir que esta “teoría de la revolución socialista” era, más precisamente, una “teoría de las condiciones de realización de la dictadura del proletariado”.

En este modelo de la revolución como “acto” la idea del carácter socialista que asumiría el acto revolucionario venía dado por dos factores principales. En primer lugar, el carácter “proletario” del sujeto central de los cambios (una

vez que socialismo era asociado inmediata y necesariamente a “proletariado”). En segundo lugar, la transferencia de la propiedad de los principales medios de producción al Estado y con esto, formalmente, a la sociedad. Este segundo supuesto sobre el carácter socialista del acto revolucionario contenía una serie de reducciones:

a) el conjunto de las relaciones sociales son reducidas a lo que se considera su “esencia”, las “relaciones de producción”;

b) las relaciones de producción, a su vez, son reducidas a lo que se considera su “esencia”, las relaciones de propiedad;

c) la propiedad social de los medios de producción es reducida a la administración estatal según la ecuación **propiedad del Estado=propiedad social**.

Así, el carácter socialista de la revolución se fundaba para este modelo en un acto por el cual la vanguardia política del movimiento revolucionario se apodera del “poder político” (aparato burocrático-militar del Estado) y desde allí opera la transformación de “carácter socialista” de la base económica; el principal “acto” es la “socialización” (estatización) de los principales medios de producción. Sin este acto no hay “revolución socialista” en este modelo, y sin “revolución política” (toma, asalto del poder) este acto es imposible. Cualquier clase de transición socialista sin esta transferencia del poder económico al Estado es considerado como “reformismo”, una forma más o menos democratizante de capitalismo.

Este era a grandes rasgos el modelo que debía ser criticado. Para esta tarea y para la constitución de una nueva **lógica** del pensamiento de la transformación social varios conceptos de Gramsci -o con los cuales éste sostiene un diálogo fecundo para su propia posición- fueron fundamentales instrumentos teóricos. Esa nueva lógica se conforma, aproximadamente en los siguientes términos.

1.- Se piensa la “revolución” no simplemente como un acto explosivo sino como un **proceso** en el cual se van construyendo nuevas relaciones de poder y nuevos niveles culturales y organizativos de la sociedad, en una estrategia que puede ser pensada a través de la metáfora gramsciana de “guerra de posiciones”. Los bordes polémicos de esta concepción se encuentran no sólo en el viejo paradigma de izquierda sino en el modelo socialdemócrata “realmente existente”. Si contra la idea del acto puntual y explosivo se destaca la idea de “proceso”, contra el paradigma socialdemócrata de una evolución infinita cuyo límite asintótico no deja de ser el capitalismo, se postula la necesidad de continuas y sucesivas **rupturas** anticapitalistas. Al mismo tiempo se verifica un movimiento crítico al economicismo de las vieja posturas y se observa que esas rupturas no incumben sólo al orden económico sino a los múltiples cauces del proceso social. En el 1º Congreso del PT, por ejemplo, se llega a la siguiente síntesis:

Si no visualizamos la conquista del poder como un “asalto al Estado”, tampoco creemos que el socialismo vendrá a través de un ininterrumpido y lineal crecimiento de las fuerzas y de la hegemonía socialista dentro de la sociedad, sin que ocurran choques y enfrentamientos intensos. Reafirmamos, por lo tanto, que las transformaciones políticas, económicas y culturales que Brasil necesita suponen una revolución social...

La conquista del poder es un momento de la lucha por el socialismo pero no garantiza, por sí sólo, su construcción. La conquista del poder puede significar la voluntad de la mayoría, pero no es sinónimo de hegemonía política con base en un proyecto global, y mucho menos ideológica y cultural. Su consolidación vendrá con el ejercicio democrático del poder de modo a comprender las diversas contradicciones materiales, políticas e ideológicas que continuarán existiendo aún entre los sectores sociales revolucionarios (PT, 1991: 52)

2.- Así, la idea de “toma” o “asalto” del poder es desplazada por la idea de construcción de nuevas relaciones de poder y **conquista de la hegemonía**. En esa construcción la **democracia política** es pensada como terreno permanente y necesario para la construcción del proyecto estratégico transformador, donde los movimientos de la **sociedad civil** adquieren un lugar predominante sobre los hechos del Estado en el proceso de proyección y construcción de una nueva sociedad. El fundamento de la idea se aproxima a la concepción gramsciana de “reabsorción de la sociedad política por la sociedad civil”. Aricó expresa esta cuestión del siguiente modo:

El concepto gramsciano de hegemonía, aquello que (...) lo transforma en un punto de ruptura de toda la elaboración marxista que lo precedió, es el hecho de que se postula como una **superación** de la noción leninista de alianza de clases en la medida en que privilegia la constitución de sujetos sociales a través de la absorción y desplazamiento de posiciones que Gramsci define como “económica-corporativas” y por lo tanto incapaces de devenir “estado”. Así entendida, la hegemonía es un proceso de constitución de los propios agentes sociales en su proceso de devenir estado, o sea, fuerza hegemónica. De tal modo, al aferrarnos a categorías gramscianas

como las de "formación de una voluntad nacional-popular" y de "reforma intelectual y moral", a todo lo que ellas implican más allá del terreno histórico-concreto del que emergieron, el proceso de configuración de la hegemonía aparece como un movimiento que afecta ante todo la construcción social de la realidad y que concluye recomponiendo de manera inédita a los sujetos sociales mismos (Aricó, 1985: 14).

3.- Se construye una idea de **socialismo** pensado como "sinónimo de radicalización de la democracia" (PT, 1991: 32), la que deberá ser política pero también, necesariamente, económica y social, y que es pensada como espacio de constitución y conquista de nuevos derechos para el conjunto de los ciudadanos. Se pone el acento en los elementos auto-organizativos y auto-gestionarios de la comunidad acercando esta concepción a la idea gramsciana de **sociedad [auto]regulada**. Aricó señalaba los siguientes elementos al respecto:

La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad. La tarea inmediata, entonces, no puede ser otra que "el desarrollo de formas alternativas de cultura, organización y lucha que pongan en entredicho las normas y las jerarquías institucionalizadas y, por consiguiente, contribuyan a la formación de unos sujetos populares dotados de la autonomía y voluntad para participar plenamente de la vida pública... (Aricó, 1988: 116-117).

4.- Se critica la noción restricta del sujeto social (fuerza motriz) de la transformación (la clase obrera) y se construye una nueva idea del sujeto de la transformación pensado como "bloque social" múltiple y heterogeneo que permita dar cauce a los diversos tipos de reivindicaciones de las clases y sectores subalternos que dinamizan el proceso transformador. Así lo expresa, por ejemplo el 1º Congreso del PT:

El partido debe repensar su actuación en la sociedad entendiendo las diferentes formas de opresión en ella existentes, que no se resumen a la contradicción capital-trabajo, sino que se extienden a los procesos discriminatorios y de exclusión económica, social, cultural y política que expresan la naturaleza de clase, de raza y de género, característicos del proceso de dominación instituido en los poderes y en la sociedad y responsable por la transformación de mayorías sociales en minorías políticas (PT, 1991: 41)

Debiendo esta política llevar, portanto, a la "constitución de un bloque político y social soldado en la lucha común y en las alianzas necesarias para la construcción de una alternativa democrática y popular" (PT, 1991: 36)

5.- Se critica la concepción leninista de **partido** y sus relaciones con los movimientos sociales, clásica en la izquierda, "convirtiéndose en una relación horizontal" (Villalobos, 1992: 36). Así, se construye la concepción de la relación partido-movimientos sociales basada en las ideas de *autonomía*, *autogestión*, *democracia participativa*, etc. En esta nueva perspectiva el partido es pensado con una función de articulación de fuerzas y de representación de intereses en las instancias de gobierno, pero en una relación *de iguales* con los movimientos sociales; esto es, se postula la búsqueda de *dirección intelectual y moral* y no simplemente de *conducción orgánico-instrumental*. Según la concepción del PT:

En esa discusión nuestra principal preocupación debe estar en combinar la consolidación simultánea del PT como movimiento y como institución. Movimiento con profundas raíces en la sociedad y en la clase trabajadora brasilera -base social de nuestro partido-, una fuerza política, social y cultural de expresión, capaz de mantener relación y diálogo permanentes con los movimientos sociales y partidos políticos, dotado de la dedicación, de la espontaneidad, de la fibra y de la improvisación típicas de un partido de masas que pretende revolucionar la sociedad (...) Partido de masas con formas organizativas diversificadas; partido que dialoga y propone política a los diversos sectores sociales, que aspira a tornarse dirigente hegemónico..(PT, 1991: 57-58)

En el libro **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina** -excelente aproximación al tema y tentativa incompleta de un estudio abarcativo de los procesos de difusión en el área- Aricó, después de mostrar la magnitud de lo que denomina la "renovación del patrimonio ideal" en el pensamiento latinoamericano, consecuencia en buena parte -como muestra el autor- de la operación de los conceptos gramscianos en el trabajo de la intelectualidad de izquierda, lamenta que esa renovación no haya alcanzado a la izquierda política.

Y no deja de ser lamentable que todos estos esfuerzos por renovar un patrimonio ideal que en su utilización ideológica y política dejó de tener capacidad proyectiva, hayan quedado reducidos al ámbito intelectual sin encontrar el suficiente eco en los partidos de izquierda. Porque si aún en tales organizaciones la crítica de las



experiencias históricas del socialismo real y el cuestionamiento de las pretensiones de recomposición organicista desde la cúspide de un partido las ha llevado a plantearse problemas para los cuales tenían respuestas meramente ideológicas -el de la democracia política, por ejemplo- sigue siendo una limitación grave de su accionar político una visión puramente instrumentalista del estado y de su relación con la sociedad (Aricó, 1988: 115-116).

Sin embargo, por la misma época en que Aricó escribía esta queja desilusionada, en varias organizaciones políticas latinoamericanas surgían sintomáticas innovaciones conceptuales, varias de ellas vinculadas a los efectos de la operación de los conceptos gramscianos. Veamos entonces algunas de estas experiencias que serán el centro de nuestra argumentación.

## II.- Desborde del “ámbito intelectual” y apropiación por la izquierda política.

-1-

La revolución sandinista y algunas elaboraciones teóricas en torno del cambio social que promovió<sup>6</sup> trajeron importantes innovaciones que fueron recibidas con mayor o menor simpatía, con mayor o menor oposición, pero que se expandieron por América Latina y no pasaron sin dejar huellas en el edificio teórico de la izquierda política. Los efectos teóricos de la revolución sandinista erosionaron algunas creencias en varias áreas del pensamiento de izquierda: 1.- la relación entre marxismo y cristianismo que de relación de *opuestos filosóficos* pasa a ser pensada en la forma de *complementarios políticos*; 2.- la cuestión del “sujeto social” de la revolución en América Latina, desbordando el concepto cerrado de “clase” hacia una idea reciclada de “pueblo”; 3.- la cuestión del “sujeto político” de la revolución, en la que se pasa de la idea de partido-vanguardia hacia la idea de “vanguardia unificada” o “frente” de partidos; 4.- la cuestión de la democracia política, con la introducción del tema del *pluralismo*; 5.- la cuestión de la economía política de la revolución introduciendo centralmente la cuestión de la economía mixta y ciertos replanteos acerca del mercado; etcétera.

No estamos en condiciones de decir cuánto, ni de que manera la renovación conceptual que se estaba operando en la segunda mitad de los años 70 tuvo que ver con el ideario sandinista. Es una investigación que debería realizarse en detalle mas, lo que parece claro y quizás determinante es que en la dinámica propia del **tipo de difusión** que tuvo el ideario sandinista la idea de “asalto al poder” fue el elemento regente. Junto con el mensaje renovador, estaban 2 ideas claves: a) la centralidad de las armas; b) la necesidad de la conquista de todo el poder de una vez, via el “asalto revolucionario”. Así, al mismo tiempo que difundía elementos originales, la revolución sandinista se colocaba como *continuidad* del ideario revolucionario que inauguró e inspiró la revolución cubana. Ese hecho, creemos, secundarizó frecuentemente la discusión de los elementos teóricos más renovadores. Probablemente en esta dirección estuviera encaminada la crítica de esa “visión puramente instrumentalista del estado y de su relación con la sociedad” que continuaban teniendo aún los partidos que produjeron importantes cambios de visión en otro conjunto de problemas.

Que la obra gramsciana había impactado de algún modo sobre los movimientos contestatarios latinoamericanos lo indicaba el hecho de que la XVIIª Conferencia de los Ejércitos Americanos (Mar del Plata, Argentina, 1987) prevenía sobre los efectos de su difusión como el nuevo peligro ideológico de la época, y la derecha política no dejó de manifestarse. Por ejemplo, el 16-5-1987, uno de los principales responsables de las atrocidades cometidas durante la dictadura de 1976-1983 en Argentina, el General Ramón J. Camps, escribía en el diario *La prensa* de Buenos Aires en un artículo denominado “La república invadida” que “el fantasma gramsciano es una realidad en la Argentina contemporánea”, y agregaba que el propio Poder Ejecutivo era ejercido por “un típico representante del gramscismo nativo, aunque un tanto primitivo”. Según la paranóica declaración, con la asunción del Alfonsín a la Presidencia de la

---

<sup>6</sup> Por ejemplo la importante producción teórica de Orlando Nuñez.

Nación, los intelectuales gramscianos -a quienes colocaba como "la retaguardia de la subversión"- se habrían apropiado de las estructuras del poder político.

Es verdad que, aunque exagerados, estos temores de la derecha no eran infundados, y los posibles efectos políticos de esta "influencia perversa" empezaban ya a ser visibles en aquel momento. En el caso de nuestra investigación, un acontecimiento nos alertó sobre la posible magnitud del impacto de los conceptos gramscianos en esta parte del espectro político. A comienzos de 1989, el M-19 y el gobierno de Colombia comenzaban una experiencia de diálogo que culminaría con el desarme y la incorporación del M-19 a la vida política institucional. A comienzos de abril de aquel año, en Santo Domingo -un pequeño poblado de la cordillera central Colombiana, en el cual el M-19 asentó su Estado Mayor y bautizó como "Ciudadela de la Paz"- tuvimos oportunidad de entrevistar al jefe político y militar de esta organización: Carlos Pizarro Leongómez. Nos interesaba fundamentalmente conocer más sobre el tipo de cambio social que promovía el M-19. En el marco de esa discusión, y en torno del uso del concepto de "clase", nos decía Pizarro:

...Nosotros hablamos con criterios de **nación** y **pueblo**, hablamos con criterios **gramscianos**. Hablamos de que los sectores revolucionarios tienen que saber interpretar no solamente los intereses de las clases proletarias de un país, sino los intereses del conjunto de la sociedad. El problema de este país no es un problema simplemente de clases. Tenemos que desbordar el concepto de clase por un concepto más integral, donde le ofrezcamos alternativas al conjunto de los sectores y podamos manejar una sociedad mucho más cerca del consenso y de la integración que del autoritarismo y la exclusión. Así sea un exclusivismo de mayorías. En Colombia en concreto y creo que en América Latina en su conjunto, requerimos reformular los viejos esquemas que hemos heredado del marxismo, para buscar alternativas mucho más dinámicas y mucho más cercanas a las expectativas de nuestros pueblos y, fundamentalmente, las exigencias de este nuevo ciclo.

Es óbvia la extrañeza que causaban estas declaraciones. Un pequeño ejército guerrillero que se dijera "gramsciano" en la violenta geografía colombiana era ciertamente de un exotismo exagerado.

-2-

Al mismo tiempo que la experiencia sandinista, otros dos fenómenos se destacaron en el escenario político América Latina a fines de los años 70 y principio de los 80: el comienzo de la guerra civil en El Salvador -que marcaba también el nacimiento del Frente *Farabundo Martí de Liberación Nacional* (FMLN) como fuerza insurgente- y el surgimiento del *Partido de los trabajadores* (PT), en Brasil. Estos dos partidos desarrollaron sus proyectos políticos en condiciones totalmente disímiles, uno envuelto en una guerra revolucionaria, el otro a través de formas no armadas de intervención en la vida política y social del país, y sin embargo diez años después, a comienzos de la década del 90 nos sorprenden con un interesante encuentro de perspectivas estratégicas y con un fluído intercambio político que ciertamente presentaban un desafío teórico instigante. En los primeros dos años de la década el PT, que había disputado la presidencia del país asustando a las élites con la candidatura de Luis Ignacio Lula Da Silva ("Lula"), se encontraba en un extenso proceso de discusión de su línea política estratégica, que sería definida en el Primer Congreso del partido, convocado con ese objetivo central para diciembre de 1991. Por su parte el FMLN, entraba en un complicado proceso de Acuerdos de Paz con el gobierno de El Salvador, con la mediación de la ONU, para el cual debía re-definir el conjunto de sus conceptos estratégicos, construyendo un proyecto que se adaptara a las nuevas condiciones del proceso social que se estaban configurando. En esas circunstancias, en ambos partidos aparecen proyectos estratégicos que se valen de nuevos conceptos para pensar la transformación radical de la sociedad, y varios de esos conceptos pertenecían al *corpus* de la tematización gramsciana de la **hegemonía**.

En el caso del PT, aunque será en el período de maduración del partido que el concepto de hegemonía pasará a sintetizar más claramente el "camino petista hacia el socialismo" -básicamente el período que va del 5º Encuentro, en diciembre de 1987, al 1º Congreso del partido en diciembre de 1991-, ya en los documentos fundacionales encontramos registros de la utilización de este concepto. Por ejemplo, en el documento preparatorio del Programa de 1979 aparece, en la evaluación de la situación del partido naciente, una apreciación sobre la falta de credenciales del partido como "portador de la **voluntad de hegemonía** de la clase trabajadora" (Pedrosa, 1980: 88). Refiriéndose a la

importancia y al interés fundamental de los trabajadores y otros sectores subalternos en la construcción de la democracia señala el documento que “ella es el espacio donde la **posibilidad de hegemonía** de las clases que forman el PT podrá aparecer y ofrecer al conjunto de la sociedad brasilera propuestas para su propia transformación” (Pedrosa, 1980: 94). Así, la hegemonía es vista como “posibilidad” y la institucionalidad democrática como espacio de desarrollo de esa posibilidad. Posteriormente, el concepto ganará relevancia como expresión de la *estrategia* del partido, como “lógica” de la acción política.

El 5º Encuentro marca un punto de inflexión en la elaboración colectiva sobre la cuestión de la concepción estratégica del partido, en la afirmación y definición más clara de los trazos característicos del *socialismo* en el proyecto petista, y en la definición del camino para su construcción. El 5º Encuentro constata el hecho de que la sociedad brasilera ha sido capaz de desarrollar una sociedad civil densa, lugar decisivo de la disputa.

En la sociedad civil (...) la burguesía construyó organizaciones sólidas (...) que actúan tanto para mantener la hegemonía de su clase sobre las otras, como para mantener el dominio en el aparato de Estado. En contraposición a esto, tanto los asalariados como las capas medias de la población también crearon organizaciones de la sociedad civil que participan de aquella disputa por la hegemonía e por el poder (PT, 1987: 13)

Esa mayor densidad organizativa de los sectores populares en la sociedad civil se complementa, según esta evaluación, con la apertura de espacios en el núcleo de la “sociedad política”, en el Estado. Así, afirma el documento: “el Estado brasilero, aunque se haya reforzado mucho (...) no está en condiciones de cerrarse completamente a la participación de las **clases subalternas** en su interior...(Ibid). Por lo tanto, esa disputa, esa lucha por la expansión de una alternativa democrático-popular es vista en este *Encontro* como un proceso que presupone una acción con tres ejes: 1.- la organización del partido; 2.- la organización del movimiento popular, en particular de los trabajadores organizados en la Central Unica de los Trabajadores (CUT); 3.- la ocupación de los espacios institucionales a partir de elecciones.

En el 6º Encuentro, realizado en junio de 1989, que tenía como objetivo principal el lanzamiento de la candidatura de Lula para la Presidencia de la Nación y la preparación del programa de gobierno, el PT avanza en la caracterización de la crisis que atraviesa la sociedad brasilera. Definiendo la crisis como “crisis global” (una crisis que presenta elementos “del desarrollo de una crisis de hegemonía política”) y “estructural” (“no es motivada por razones momentáneas o coyunturales”) (PT, 1989: 5), el 6º Encuentro evalúa que esa crisis, para ser superada exige “un fuerte y generalizado deslizamiento de la correlación de fuerzas en favor de la burguesía o del proletariado”, lucha en la cual verifica, del lado de los sectores subalternos, que

El grado de organización política de los trabajadores es bastante para comenzar una disputa por la hegemonía política (...) Los trabajadores ya construyeron un instrumento capaz de disputar la hegemonía con los partidos burgueses a nivel nacional (...) El PT fue construyendo una hegemonía indiscutible en el campo del movimiento obrero y popular (PT, 1989: 5-6)

Nótese la modificación en la evaluación del estado del proceso de construcción de hegemonía, desde aquella “posibilidad de hegemonía” expresada en los primeros documentos, hasta esta nueva posición del partido, en una situación en la cual se disponía a luchar por el gobierno nacional en las elecciones presidenciales. En esta coyuntura el 6º Encuentro observa el hecho de que las características particulares del período han impedido “la clara conformación de un bloque político y social hegemónico en el campo dominante” (PT, 1989: 8), y señala la necesidad, para el pasaje a una crisis abierta y declarada del régimen, de la “constitución de un campo de fuerzas antimonopolista, antilatifundista y antiimperialista en la sociedad brasilera, configurando el **bloque histórico** que servirá de puente entre las reivindicaciones más sentidas de los trabajadores en su nivel actual de conciencia y movilización y la lucha por el socialismo” (PT, 1989: 7).

Ya en el 7º Encuentro, realizado en tiempos en que el partido ya cuenta con un espacio creciente en las instituciones del Estado y después de las elecciones nacionales en que hubo no pocas esperanzas de la militancia petista en la victoria de Lula sobre Collor de Melo, se ajusta la comprensión sobre la relación del partido con el conjunto de la sociedad, tanto dentro de las instituciones y movimientos de la sociedad civil, como con respecto a la actuación

de las administraciones petistas. En lo que respecta a la sociedad civil, y en relación estrecha con el concepto de hegemonía, señalan las resoluciones:

La relación del PT con la sociedad civil brasilera es importante tanto por la influencia creciente ejercida por ella, como por el hecho de que la disputa de hegemonía y del poder político por los trabajadores y demás capas populares ocurre de forma muy intensa en el campo de la sociedad civil, creando nuevas condiciones para la ampliación y consolidación de la democracia. Y sucede no sólo colocando la sociedad civil en contraposición al Estado, sino también las organizaciones económicas y sociales de los trabajadores en competencia con las entidades predominantemente burguesas, instituciones y asociaciones patronales conservadoras o reaccionarias, que se destinan a mantener los sectores populares bajo la influencia de los valores burgueses (PT, 1990: 36)

En el 7<sup>o</sup> Encuentro, el concepto de hegemonía ha alcanzado ya un papel explicativo relevante en la definición de la estrategia del PT. Así, a lo largo del documento el concepto es un hilo conductor. Se tratará de “luchar por la hegemonía en el camino de la construcción del socialismo” (PT, 1990: 37); de “ampliar considerablemente el relacionamiento del PT con la sociedad civil, permitiéndole disputar efectivamente la hegemonía ideológica y política” (PT, 1990: 38). Se impulsará a la militancia partidaria a la “búsqueda de la hegemonía petista en la sociedad” (PT, 1990: 39), proponiendo al partido como un partido nacional que “busca formular un proyecto nacional para disputar la hegemonía en el conjunto de la sociedad” (PT, 1990: 40). Así mismo el Encuentro propone “conquistar gobiernos provinciales y elegir una gran bancada en el Congreso Nacional, cambiando en el campo institucional la correlación de fuerzas en el país, creando así una nueva realidad para la lucha social y para la disputa de la hegemonía” (PT, 1990: 49). En el mismo sentido, el documento convoca a una definición estratégica más precisa para transformar las alcaldías gobernadas por el PT en “herramientas de disputa de hegemonía en la sociedad” (PT, 1990: 57)

El 1<sup>o</sup> Congreso será un momento importante de la discusión colectiva donde se llega a síntesis significativas sobre la cuestión del socialismo y sobre el tema de la estrategia para conquistarlo que continúan vigentes hasta hoy. Las resoluciones del Congreso caracterizan el tipo de estrategia adoptada como una estrategia “con énfasis en la disputa de hegemonía” (PT, 1991: 11), y el lugar destacado que este concepto alcanzó en la definición del PT queda claro en los planteos de dos secciones fundamentales de las resoluciones tituladas “El papel central de la disputa de hegemonía” y “La disputa de hegemonía hoy”, donde son desarrollados los contenidos de esta estrategia. Aunque obviamente no podemos reproducir toda esta fundamentación en los límites de este artículo, es importante mencionar algunos elementos centrales que estructuran la estrategia de un modo integral, envolviendo la función de Estado y la relación con los movimientos sociales en la sociedad civil. Así, sobre las acciones en el nivel del Estado, dice el documento:

La acción de gobierno que el PT ejerce hoy debe ser vista como un elemento decisivo en la construcción de nuestra hegemonía, ya que se trata de gobernar, ejecutar políticas y democratizar el Estado, accionar la participación y el control popular, convivir e interactuar con otros sectores, segmentos y clases sociales, ejercer de hecho el derecho a la hegemonía, legitimada por las urnas, aunque sea todavía en el nivel municipal (PT, 1991: 46)<sup>7</sup>

Por otro lado, sobre el papel de los movimientos sociales en esta disputa agrega lo siguiente:

La acumulación en el frente institucional no sucederá si no avanzamos en el campo social (...) Ninguna política de gobierno ni tampoco ninguna propuesta parlamentaria se viabiliza sin sustentación social y sin presión popular, mucho menos un gobierno a nivel nacional. El crecimiento, la generalización y la politización de los movimientos sociales es fundamental en nuestra política de acumulación de fuerzas y disputa de hegemonía (PT, 1991: 46)

Por lo tanto, en las resoluciones del 1<sup>o</sup> Congreso, la acción política para la construcción de una nueva hegemonía es pensada en el doble espacio de la *sociedad política* y de la *sociedad civil*, definiéndose sintéticamente el proceso de disputa de hegemonía en este espacio social complejo de la siguiente manera:

---

<sup>7</sup> Debe tenerse en cuenta que desde 1988 el PT contaba con 36 Intendentes y más de 1000 concejales en varios estados, entre ellos el intendente de São Paulo, Luiza Erundina. Por otra parte, en 1990 cuenta ya con 35 diputados federales y 93 diputados provinciales

La disputa de hegemonía supone una acción simultánea en el terreno político, social e ideológico. Engloba el trabajo en las instituciones donde actuamos en el sentido de expandir las fronteras de la participación, de la democracia, de la ciudadanía y de la afirmación de la sociedad sobre el Estado. Incluye la diversidad de las luchas sociales no institucionales y no siempre "legales". Incorpora la construcción de los instrumentos organizativos a través de los cuales los trabajadores y la sociedad brasilera podrán definir los rumbos del país. Envuelve la disputa de ideas, la construcción de una nueva cultura, de una nueva ética, de una nueva solidaridad social, que se contrapongan a los valores dominantes. En resumen, disputar hegemonía hoy significa construir un enorme movimiento social por reformas en nuestro país, esencial para viabilizar un camino alternativo de desarrollo, que tenga entre sus principales características la incorporación a la ciudadanía y al trabajo, de millones de marginalizados y desheredados sociales existentes en Brasil (PT, 1991: 46-47)

Estos elementos son demostrativos de la construcción de un tipo de lógica política para la definición de la estrategia de este partido centrada en el concepto de "hegemonía". Desde una presencia secundaria en los documentos fundacionales del partido en los años 79-80, pasando por la utilización más relevante de los conceptos de "sociedad civil" y "clases subalternas" y la adopción de los conceptos de "bloque político y social" y "bloque histórico", etc., entre el 5º y 7º Encuentro, hasta la apropiación del concepto tal como lo expresa la resolución del Primer Congreso, la presencia de los conceptos gramscianos es una realidad irrefutable .

-3-

Para la exposición del caso del FMLN, es interesante comenzar con este relato del dirigente Jorge Melendez, -"Comandante Jonás"-, que fuera el principal jefe militar del ERP en el territorio de Morazán, base del contingente armado de este partido:

...En mayo o junio del 92 en el volcán de San Salvador hicimos una asamblea de cuadros y entre las cosas que mencionamos, fue precisamente a Gramsci. Allí surgieron varios compañeros que dijeron, "sí, la propuesta es por ahí". Fue la primera vez que yo ví una reunión nuestra donde se estaba discutiendo teoría. Eso no era lo acostumbrado en nosotros. Y de allí en adelante sino el 100%, un buen porcentaje de cuadros del ERP ya deben haber leído cosas de Gramsci (Entrevista, 24-4-93. *In*, Análisis, 1993: 65).

Curiosa experiencia en el país latinoamericano que dió a luz quizás al más importante ejército guerrillero que conociera la historia latinoamericana; y por sus particularidades el fenómeno merece una especial atención.

Podríamos distinguir 3 grandes etapas en el proceso de constitución de un proyecto relativamente unitario del bloque popular en El Salvador y, en correspondencia con estas etapas, distinguir simplificadaamente tres ejes principales de la discusión dentro de las fuerzas de izquierda:

1.- 1970-1980, período que media entre la fundación de la primera organización armada y la formación del FMLN. Durante esta década la discusión fundamental en la izquierda pasa por la cuestión de la lucha armada o la vía pacífica como camino revolucionario; 2.- 1981-1991, el período de la guerra civil abierta. En este período son particularmente importantes las discusiones en el FMLN sobre el carácter y el alcance de la propuesta de la alianza FDR-FMLN para una salida negociada de la crisis.; 3.- 1992 en adelante, el período de la paz post-bélica. En esta última etapa, la discusión en torno de las consecuencias de los Acuerdos de Paz encierra una polémica de fondo sobre lo que significa "revolución" en las nuevas circunstancias, cuáles son las condiciones y características de una victoria revolucionaria en las mismas y cuál el proyecto adecuado a la nueva configuración social. El centro del debate es ahora el modo de desarrollar el proceso revolucionario en condiciones de una sociedad donde la propia izquierda se propone como riguroso vigilante de la vigencia irrestricta de las instituciones y los métodos democráticos.

En el primer período, la cuestión de las "vías de la revolución" se resolvió con la revisión de las posiciones del Partido Comunista Salvadoreño en su VIIº Congreso y el pasaje para la vía armada, la conformación de una organización militar unificada, aceptada como "vanguardia" por todo el espectro de la organización popular, desde los sindicatos hasta -puede decirse dentro de ciertos límites- buena parte de la iglesia salvadoreña. Esto es, la lucha armada contra el régimen de terror instalado en El Salvador era aceptada como una necesidad por el polo popular y fue internacionalmente legitimada.

En el segundo período fueron construyéndose las bases para una salida negociada del conflicto. Desde las primeras propuestas de negociación contenidas en el programa del GDR, el apoyo otorgado por la Declaración franco-mexicana en 1981 reconociendo a la alianza FDR-FMLN como fuerza beligerante, las discusiones sobre la salida negociada dentro del FMLN en la coyuntura de 1982; las rondas de diálogo de 1984 en La Palma y Ayagualo y de 1987 en el Obispado de San Salvador, hasta la crisis originada por la ofensiva del FMLN a fines de 1989 y el comienzo del diálogo en Ginebra en abril de 1990 fueron, junto con el desarrollo de la guerra que, obviamente era la cuestión principal, diez años de propuestas, discusiones, crisis internas, en que fue apareciendo embrionariamente el nuevo proyecto, hasta la construcción de las formulaciones colectivas contenidas en la Plataforma de la Revolución Democrática de septiembre de 1990, documento importante como primera síntesis de los nuevos conceptos.

A partir de eso nace un nuevo período de reformulaciones con enormes consecuencias para la elaboración de un proyecto transformador. Es en estas condiciones que la problemática de la hegemonía emerge en el FMLN. El concepto más generalizado en todas las fuerzas es el concepto de “sociedad civil”<sup>8</sup>, bajo la forma de “supremacía de la sociedad civil” o “hegemonía de la sociedad civil”. Esto es visible no sólo en la lectura de los documentos de las distintas fuerzas que componían el Frente en la época, sino por el hecho de que en los documentos colectivos más importantes del FMLN, es un concepto central. En los documentos de fundación del nuevo partido FMLN, se subraya varias veces este punto. Por ejemplo, en el prefacio a los “Principios” del partido, se dice:

A lo largo de doce años el FMLN se vio en la necesidad de llevar adelante una guerra popular **para reivindicar el papel de la sociedad civil**, superar el militarismo y abrir una nueva época para la Nación salvadoreña... (FMLN, 1993: 16).

Y en el punto 5 señala:

**Primacía de la sociedad civil.** El FMLN se orienta al fortalecimiento de la sociedad civil como base de la democracia, a garantizar la supeditación del poder del Estado a la misma; de igual manera que a la subordinación de la Institución Militar al poder civil para la superación del militarismo y la consolidación de la paz. Partimos de que la voluntad de la sociedad civil es la única legitimación de la autoridad del Estado (FMLN, 1993: 18).

Otros de los conceptos pertenecientes al *corpus* de la teorización de la hegemonía en Gramsci, usados en las elaboraciones de las fuerzas componentes del FMLN son, el propio concepto de *hegemonía* y el concepto de *bloque histórico*. Es común encontrar en los materiales de todas las fuerzas de la izquierda salvadoreña el concepto de hegemonía. A veces el uso de este concepto reviste una diversidad de sentidos donde se mezclan otros usos del concepto con la elaboración propiamente “gramsciana”. Sin embargo un examen de conjunto, no sólo de los conceptos, sino también de la configuración política y social surgida después de los Acuerdos, muestra que ese uso se aproxima a los términos de Gramsci. El uso no-gramsciano del concepto de hegemonía se refiere a la “hegemonía” entendida como puro y simple “dominio”, uso que viene de una práctica común de los años 70. Así, se habla de “hegemonía de la oligarquía” o “hegemonía militar sobre la sociedad civil”, para designar funciones que son clara y reconocidamente de dominio y coerción. No obstante, en su combinación con las nociones de “predominio de la sociedad civil”, de “autonomía de los sujetos sociales”, de “auto-gestión”, de “democracia participativa”, etc, vinculados a una concepción de la gestión de la cosa pública a partir de los movimientos sociales, de una nueva idea de “revolución” y de “victoria revolucionaria”, etc, el concepto de hegemonía tiende a ajustarse a la tradición gramsciana. Según Roberto Roca (Francisco Jovel), Secretario General del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC):

...En la realidad salvadoreña nosotros creemos destacable la tesis gramsciana de que la hegemonía más deseable y que tiene más viabilidad de llevar a ejecutar un programa económico, es aquella hegemonía que logra consenso social. Porque cuando no logra consenso social es indudable que esa hegemonía puede caminar en el sentido de dictadura. Por eso en El Salvador nosotros estamos ante la posibilidad de la lucha por la hegemonía. Porque en política decir que no se busca la

---

<sup>8</sup> Sobre la utilización de este concepto, nos decía el ex-representante del FMLN en Brasil, Ernesto Cisneros:

“...Una cosa interesante es, por ejemplo, todo esa discusión sobre la “sociedad civil” que es una cosa muy nueva en El Salvador, y es impresionante como esa idea pegó. Todo el mundo habla ahora de “sociedad civil” (Entrevista, junho 1993).

hegemonía es una tontería, de otro modo seríamos opositores enfermizos; estamos luchando en política porque estamos tras la búsqueda de la conquista del poder. Pero qué poder, como lo ejerceríamos? **Queremos hegemonizar el poder pero para buscar la posibilidad de la aceptación consensuada del ejercicio de ese poder. Esa es la hegemonía más deseable y la que tiene la posibilidad de llevar a ser realidad sus propósitos programáticos. Es el reto que tenemos aquí en El Salvador, y sin lugar a dudas tiene en nuestras cabezas y en nuestros pensamientos, inevitablemente, muchísimo que ver con Gramsci** (Entrevista, 3-4-93. In, Análisis, 1993: 31).

Esta aproximación al concepto gramsciano de hegemonía queda clara también en este texto de Joaquín Villalobos, principal dirigente del Partido de la Revolución Salvadoreña- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRS-ERP):

...Los acuerdos de la negociación (...) dejan como vencedora a la sociedad civil permitiéndole a El Salvador abrirse la posibilidad de una democracia real. La conquista del centro, **la lucha por la hegemonía en el seno de la sociedad civil** cierran paso a la coersión; abren espacio al debate, a la cultura democrática y al pragmatismo como la forma más inteligente de defender principios e intereses.

**La coersión debe perder fuerza y el Estado debe regirse por el consenso que construye permanentemente la sociedad civil.** Todo concepto de dictadura, directo o indirecto, para imponer soluciones a los problemas, es en las nuevas condiciones, esencialmente antirevolucionario y niega la lógica del proceso histórico. La nueva utopía es construir un escenario en el que gobiernen la razón y no la fuerza. En ese escenario, quien tenga los mejores juicios, argumentos y el respaldo democrático de la mayoría, tendría la posibilidad de enrumbar la sociedad sin imposición (Villalobos, 1993: 5-6).

Otro de los principales dirigentes del FMLN y Secretario General del Partido Resistencia Nacional (RN), Fermán Cienfuegos (Eduardo Sancho), utiliza varios de estos concepto en un texto polémico dentro del Frente en ese momento pero que fue anticipador de las nuevas elaboraciones: "*República Democrática*". Decía Cienfuegos en ese texto:

La construcción de la **hegemonía del proletariado** se desarrollará en un contexto abierto de competencia y debate entre las distintas posiciones del **bloque histórico popular**. La forma política del Estado revolucionario, es decir la forma política que adopte la revolución en un contexto post-bélico, será la República Democrática.

Cada partido, es decir cada expresión de clase y de alianzas de clase, **deberá aceptar el desafío de construir y reconstruir su hegemonía de forma permanente en el seno de la sociedad civil.** (...) Una vez electos a cargos del Estado, los funcionarios representan los intereses del **bloque histórico en el poder** y de la Nación en su conjunto; separándose de los intereses más restringidos de los partidos o de los grupos. La alternancia garantiza la renovación y revificación del proceso de representación de los intereses del pueblo. La democracia representativa será enriquecida con la democracia participativa, con la autogestión (Cienfuegos, 1986: 6-7).

Por su parte, Juan Ramón Medrano (PRS-ERP), escribía en el ensayo de 1992 *Estrategia integral del FMLN para un nuevo país*:

En la medida en que se fueron desarrollando los acontecimientos y profundizamos nuestro análisis, fuimos confirmando la tesis de que la solución política negociada era una nueva forma de victoria que nos permitía partir de un equilibrio de poderes a una nueva etapa.

Significó también un salto en las condiciones para mejorar la acumulación de fuerzas, en la búsqueda de la hegemonía política, y lo que es más importante aún, para la construcción de un bloque integral de poder de fuerzas revolucionarias (Medrano, 1992: 6).

En un intercambio de opiniones con este dirigente sobre la posible influencia de los conceptos gramscianos en las nuevas elaboraciones del FMLN, nos decía Medrano:

...El centro de lo que nosotros hemos tomado de Gramsci, es fundamentalmente el poner el acento en cada uno de los momentos históricos al papel del estado, al sistema de partidos políticos y a la sociedad civil. Visto así, en estos tres aspectos, nos permite un análisis más moderno de todo el marco de la formación económico-social salvadoreña (Entrevista, 16-4-93. In, Análisis, 1993: 87)

Las posiciones citadas corresponden a dirigentes de los partidos que conformaban el FMLN que no venían del viejo tronco del Partido Comunista y fueron organizaciones más flexibles en el uso de los conceptos y mas abiertos a las innovaciones teóricas y políticas. Los otros dos partidos del FMLN en el período analizado, el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y su desprendimiento a comienzos de los años 70, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL),

conservan una tradición teórica y política más fuertemente ligada a la tradición leninista. Sin embargo estos dos partidos no sólo compartieron y contribuyeron a la configuración de las posiciones del nuevo proyecto del FMLN, sino que intentaron también construir una nueva y propia visión alternativa del nuevo proceso. Así, podemos encontrar en los documentos de estos partidos elementos indicativos de una nueva lógica política para pensar el proceso transformador. En uno de los más importantes momentos de los documentos del VIII Congreso del PCS en relación a este tema, en la evaluación del nuevo momento histórico abierto por los Acuerdos y de la fuerzas políticas en acción, dice el documento:

Es una transición de la guerra a la paz, de la dictadura a la democracia **fundamentada en la hegemonía de la sociedad civil y del poder civil...**

Las fuerzas motoras de la revolución democrática proceden de diversos sectores, son portadoras de una diversidad ideológica. Es esencia del período de transición la convergencia de todas estas fuerzas y ella debe ser cuidada. De ahí que las alianzas, la búsqueda de consensos y concertaciones sea el método principal de las relaciones entre estas fuerzas

La concertación tiene posibilidades incluso más allá de las fuerzas motoras de la revolución democrática. La experiencia ha demostrado que pueden alcanzarse acuerdos con sectores tradicionalmente colocados del lado opuesto... Así pues, la concertación tiene en El salvador insospechadas posibilidades. (PCS, 1993a: 8-10)

En estos y otros momentos de las resoluciones del VIII Congreso tenemos la problemática de la hegemonía (a veces también expresada con las viejas palabras y conceptos) y un uso del propio concepto gramsciano bajo la forma de "hegemonía de la sociedad civil".

Por otro lado, veamos la evaluación del período histórico y las consecuencias para el nuevo proyecto, en estos pasajes de un documento del Comité Central de las FPL de mayo de 1992:

*Reorganizar y actuar desde la sociedad civil.* En este período histórico, la igualdad (la democracia social) parece depender más de la **organización autónoma y autogestionaria de la sociedad civil** y de la construcción de la democracia política que de los procesos de centralización del poder del estado por un golpe de estado o por la toma del poder via la acción armada de la izquierda. Alcanzar el centro de decisión social y política depende más de una **democratización progresiva de la sociedad y del estado.** (FPL, 1992: 44-45).

Y el mismo documento agrega en pie de página:

En la lucha por la democracia tiene que superarse la visión bipolar de "lo estatal" y "lo privado" autonomizando una dimensión que ahora está bajo el control del estado. Se trata de "lo público", un espacio social en el que la sociedad civil puede desarrollar su vida colectiva y descentralizar las decisiones fundamentales de la sociedad global y ampliar las posibilidades de participación en las mismas. Es en este espacio donde se vincula la reforma económico-social con la reforma política del estado. Es el espacio donde la sociedad construye instituciones de autoadministración desplazando al estado hacia roles reguladores cada vez menos poderosos. Al abrirse esta dimensión se posibilita la autogestión, cogestión, cooperativización que crean entre lo privado y lo estatal un espacio de socialización, de descentralización y de autonomización de las decisiones (Ibid).

Nótese que, también aquí, encontramos la problemática de la hegemonía en torno de la cuestión de la sociedad civil y vinculada a uno de los contenidos importantes de este concepto en Gramsci, el problema de la transición para aquella forma societal que Gramsci denomina como **sociedad regulada.**

Es claro que no sólo Gramsci está presente en las nuevas elaboraciones, un gran caudal de experiencia teórica y política les sirve de base. Está claro también, como la propia realidad lo viene mostrando que hubo enormes divergencias dentro de las fuerzas del FMLN que lo llevaron hasta su división orgánica y política, pero no cabe duda que en todos los partidos que componían el FMLN, conciente o inconcientemente como parte de esa especie de "nuevo sentido común" que señala Aricó en el ideario de izquierda, muchos de los elementos principales de las nuevas posiciones son deudores de la obra de Gramsci. No es casual entonces que en la previsión del nuevo escenario aparezca justamente Gramsci en las palabras de la otrora Comandante Ana Guadalupe Martínez cuando nos decía que se trata de pensar en "un proceso de transformaciones que si se hace teniendo en cuenta la realidad internacional se puede llevar más lento, ciertamente mucho más lento que lo que muchos de nosotros hubiéramos querido que se produjera, pero con más posibilidad de que vaya transformando de manera definitiva el pensamiento, la cultura, y con palabras Gramsci, se vaya creando una hegemonía de las ideas de izquierda" (Entrevista, 30-4-93. *In*, Análisis, 1993: 74-75).



Nos parece ilustrativo mencionar, finalmente, algunos elementos novedosos en el proyecto político de un partido que ya fue caratulado como el más dogmático de los partidos comunistas latinoamericanos, el Partido Comunista Argentino (PCA), y que comenzaron a producirse en torno de su XVI Congreso, de octubre de 1986, cuando se abrió un proceso que los comunistas argentinos dieron en llamar de “viraje revolucionario” y en el marco del cual este partido intentó purgar sus errores del pasado y encontrar una definición teórica, política, programática y organizativa más afinada con la realidad argentina y latinoamericana.

En una reciente investigación que realizamos en Argentina, en torno de la difusión del pensamiento de Gramsci en ese país, constatamos una aproximación a Gramsci por parte de algunos intelectuales cercanos a los centros de elaboración teórica del PCA, junto con algunas experiencias de publicaciones y discusiones en seminarios de los conceptos gramscianos. Coincidentemente, en un suplemento del periódico “Nuestra Propuesta”, semanario del PCA, donde se publica el informe del Comité Central del 29 y 30 de noviembre de 1996, aparecen algunas novedades interesantes. Por un lado, en este número de la revista donde se publica el documento mencionado que apela a “profundizar en el viraje revolucionario”, se encuentran algunos elementos “iconográficos” y “modélicos” interesantes para quien estuviera acostumbrado con la iconografía y con los modelos de este partido aún después del XVI Congreso. En la iconografía aparecen nuevas caras: Mariátegui y Gramsci. Junto con esto, hacia el final del documento el informe señala dos direcciones en la continuidad de los cambios: en torno de la construcción de lo que denomina un nuevo “estilo” de la política partidaria, el documento del CC recomienda hacerlo recuperando conductas inspiradas en Marx, Guevara, el dirigente obrero cordobés, Agustín Tosco y Mariátegui. Los tres primeros eran comunes después del XVI Congreso, el tercero parece una novedad más reciente. Mas, dice el documento “no sólo se requiere otro estilo, también es necesario recrear nuestra psicología política que era la del destino manifiesto, del optimismo fatalista”. En la construcción de esta nueva “psicología” el documento apela a la palabra de Gramsci recordando que ‘Gramsci pensaba que había que enfrentar los momentos difíciles en la vida de un revolucionario: con el escepticismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad’ (PCA, 1996: 8). En resumen, es visible entonces un nuevo cuadro de “modelos”, donde ahora aparecen Mariátegui y Gramsci.

Por otro lado, junto con estas modificaciones que denominamos “iconográficas”, aparecen en este documento elementos conceptuales que forman parte de ese trabajo global de “renovación del patrimonio ideal” que menciona Aricó. Veamos brevemente.

a) Un cierto desplazamiento de la noción de “ideología” a favor de la noción de “cultura” que es un concepto central en varias de las secciones del documento. La cultura, afirma el documento, es un área vital en el ataque de las políticas neoliberales:

El neoliberalismo ejerce su dominio fundamentalmente en el plano cultural y ha desarrollado una gran iniciativa para trastocar los valores constitutivos de la identidad popular, de la identidad nacional, de las tradiciones de combate contenidas en la experiencia histórica (...). Si hay algo que distingue a este capitalismo es su fuerza ideológica cultural, fundamental en su batalla contra el socialismo estatista y más ahora, como cemento del dominio neoliberal sobre los pueblos. (...) Es un proyecto global e integral de reproducción ampliada del capital en beneficio de los sectores más concentrados y poderosos que tiene en **la iniciativa cultural, ideológica y política el centro de gravedad de un complejo sistema de doctrinas y prácticas que abarcan absolutamente todos los campos de la vida social** (PCA, 1996: 2)

A partir de este diagnóstico, el documento del CC convoca a sus militantes a “dar la pelea en el plano cultural”. Esta tarea definiría lo que más adelante se menciona como “la batalla profunda y vital por modificar el ‘sentido común’ reaccionario e instalar una cultura socialista, revolucionaria” (PCA, 1996: 4).

b) A partir del tipo de “estrategia revolucionaria” adoptada por este partido que denominan de “construcción de poder popular” -concepto difundido largamente en América Latina a partir de la primer experiencia sandinista-, aparece un cierto desplazamiento del sujeto revolucionario “clase obrera” por el sujeto “pueblo”. Así, nos dice el documento:

Conocer los cambios que ha habido en el sujeto social, en la clase obrera, nos permite acceder al concepto de **sujeto pueblo con hegemonía de la clase obrera...** (PCA, 1996: 5)

c) La adopción del concepto de “autonomía” para designar la relación de las instituciones populares con los sujetos políticos afines. Partiendo de la idea de la “construcción de una nueva institucionalidad popular con atributos de autonomía y cultura alternativa” (PCA, 1996: 4) el documento propone un “plan de acumulación de fuerzas asentado en el esfuerzo de creación de bases de poder popular” que permita

desarrollar la unidad de los sectores revolucionarios que actúan en cada ámbito del movimiento de masas, desarrollando planes comunes de resistencia y compartiendo caminos que permitan gestar la **autonomía del movimiento popular y su auto-organización** (PCA, 1996: 5)

d) Aparece la concepción del conjunto de las fuerzas sociales alternativas como “bloque”, bajo la forma de “bloque popular en condiciones de construir y disputar el poder para el pueblo” o planteándose el trabajo por la “transformación de los agredidos por el modelo, amplísima mayoría popular, en un **bloque político-social**” (PCA, 1996: 3)

e) Finalmente, en torno del problema del “sujeto político” de la transformación que correspondería a este “bloque” en la propuesta del PC, expresa el documento:

Nuestra propuesta de un movimiento de izquierda se realiza básicamente como una propuesta cultural de convocar a defender, recrear y potenciar la cultura de izquierda que hoy no sólo está dispersa orgánicamente, también está desestructurada y sin raíces profundas en el sujeto social de la revolución (...) Una unidad de izquierda que no concebimos solamente como unidad de organizaciones sino como UNIDAD DE CULTURAS DE IZQUIERDA con lo que ello significa: unidad de militantes, de hombres y mujeres, de organizaciones, de grupos y corrientes, de tradiciones y de enfoques; de culturas (PCA, 1996: 3)

Digamos finalmente que si bien es cierto que estos nuevos contenidos aparecen como “inscrustaciones” en un material rocoso en el que se sienten todavía las viejas concepciones, muchas veces en franca contraposición con los nuevos contenidos, de todos modos, hay un papel relevante de estos nuevos elementos cuya evolución es una cuestión en abierto.

### **III.-Consecuencias del “desborde”: una expansiva renovación de proyectos.**

La práctica política de la izquierda ha tenido siempre una relación necesaria con las categorías teóricas; por esto es que la calidad de las mismas no es indiferente para la calidad de sus construcciones. Por lo tanto, el cambio, la renovación conceptual es un hecho de la mayor importancia y siempre fue así en el universo del pensamiento socialista y de las fuerzas políticas que se referencian en él. Permítasenos ilustrar la relevancia de este punto con dos contraejemplos de experiencias de izquierda que, en el mismo período histórico en que se desarrollan con éxito algunas experiencias de renovación, fracasan estruendosamente.

1.- A comienzos de la década del 80, después de uno de los períodos más combativos del pueblo boliviano, una alianza de izquierda llega al gobierno central con la presidencia de Hernán Siles Suazo. Una enorme movilización popular recorrió Bolivia. La Central Obrera Boliviana (COB) aglutinaba al conjunto absoluto de las organizaciones sociales de los sectores subalternos: desde los estudiantes a las organizaciones de barrio; desde los sindicatos mineros hasta los de amas de casa. La Federación Minera junto a la COB y el gobierno discutían y aprobaban la co-gestión de los trabajadores en la producción de minerales y otras empresas del Estado. En fin, se creó un cuadro de democracia popular que contaba con fuerzas sociales pocas veces vista en América Latina. A pesar de esto poco tiempo después la izquierda en el gobierno fracasa, pierde credibilidad popular y cede el lugar -por su propia ineficiencia y desgaste, y no por vía represiva- al proyecto neoliberal que rápidamente gana la hegemonía del proceso, y la conserva hasta el presente.

2.- Después de la crisis violenta del gobierno de Alan García, la izquierda peruana pasó a ocupar un lugar destacado en la arena política a través del proyecto de la *Izquierda Unida* (IU). La alianza de izquierda ganó, entre otras, la Alcaldía de Lima con la gestión de Alfonso Barrantes y se preparaba con popularidad creciente para disputar el gobierno central. A comienzos de 1989, la IU realizó su Primer (y último) Congreso en el cual participaron más de 3000 delegados de todos los puntos del país, mostrando una fuerza política organizada sin precedentes. La algarabía

duró poco. Antes de las elecciones presidenciales la izquierda se dividió, perdió fuerza y prestigio y cedió el espacio político para una desconocida figura política, sin trayectoria, sin proyecto y sin bases sociales organizadas. Elegido presidente, Fujimori adherirá al programa neoliberal, cerrará el Congreso y consolidará su poder en una alianza con las Fuerzas Armadas. En ese proceso, la izquierda se volvió a dividir perdiendo fuerza y prestigio.

Una característica común a estas dos experiencias de izquierda fue una marcada falta de renovación de su proyecto político, con un horizonte conceptual que continuaba preso a los viejos paradigmas y con una práctica política atada a las viejas disputas y dogmas que, a pesar de los avances conseguidos con *Izquierda Unida*, se mostró incapaz de incorporar el nuevo fermento y las nuevas experiencias que estaban disponibles en los movimientos que venían de la sociedad civil.

En un sentido contrario, en varias experiencias latinoamericanas se observa una importante renovación conceptual que está en marcha aunque se puedan señalar insuficiencias y límites. Puntos programáticos que 15 años atrás eran posiciones de los movimientos sociales alternativos y sus teóricos, impensables en los partidos de izquierda, hoy forman parte de sus proyectos políticos, mostrando claramente cómo el camino que va del movimiento al partido fue el más creativo y eficaz. No es casual que en 1992 aparecieran dos libros que enfatizaron la idea de la necesidad de un viraje radical en el pensamiento de la izquierda: el libro del salvadoreño Joaquín Villalobos, *Una revolución en la izquierda para una revolución democrática* y el libro del brasileño Cristovão Buarque *La revolución en la izquierda y la invención de Brasil*. Más allá de las coincidencias, la expresión usada para calificar la magnitud de los cambios conceptuales y de prácticas necesarios a la política de la izquierda, nos parece absolutamente significativo y pertinente: una *revolución*.

En esta renovación teórico-política en curso ocurre una **re-jerarquización del concepto de “democracia”**, un *sub-concepto* en el paradigma anterior, subordinado, por ejemplo, al concepto de “dictadura del proletariado” -que establecía el orden de los conceptos-, e inferior a la categoría de “socialismo” que lo subsumía y apagaba. En las nuevas posiciones, el concepto de democracia -concebida, por ejemplo en el PT, **como medio y como fin**, esto es, *como contenido y como instrumento*- pasa a ser el elemento articulador del conjunto del proyecto transformador. Como *contenido*, el concepto de democracia define el “objetivo estratégico final”, la sociedad “socialista”, que es pensada como “radicalización de la democracia”, esto es, como expansión -continua e ilimitada- y superación -mediante diversas prácticas de democracia política participativa, de ampliación de los espacios de actuación de la sociedad civil y de implantación de una *democracia social*- de los elementos ya presentes en la democracia representativa burguesa; una construcción histórica que envuelve la acción de grandes contingentes sociales, un proceso que nace de la propia experiencia de los sectores subalternos dejando, portanto, la forma mesiánica que este concepto tenía en las anteriores generaciones de izquierda. Como *instrumento*, el nuevo lugar del concepto de democracia se expresa en la definición de la estrategia como “conquista de hegemonía”. El mecanismo de las transformaciones deja de estar pensado como “asalto al poder” y es concebido como un minucioso proceso de “disputa de hegemonía” durante el cual el proyecto socialista se construye en la sociedad y, concomitantemente, se van produciendo las “rupturas” con el orden capitalista. En ese sentido si como expresaba el Programa de Gobierno del PT para las elecciones de 1994, “desde fines de los años 70 (...) el Brasil asiste a la formación de un nuevo bloque histórico de fuerzas sociales y políticas” y los nuevos personajes que entraron en escena alteraron el contenido de la democracia, que “pasó a ser entendida no sólo como vigencia del estado de derecho, sino también como el espacio para la construcción de nuevos derechos” (PT, 1994: 12), parece claro que una nueva idea de “democracia, una democracia que será política pero también deberá ser económica y social, despunta como el “contenido”, como la “ideología” de ese “nuevo bloque histórico” y se torna evidente que un núcleo central de la renovación de la izquierda se centra en la reformulación de su concepción sobre la democracia.

Por otro lado, en esa renovación conceptual se presenta también una drástica reformulación de la relación jerárquica entre *partido* y *movimientos sociales*. De institutos de maniobra, concebidos como “correas de transmisión” del comité central de las transformaciones, mediante las cuales la “vanguardia revolucionaria” dirige a las masas para la revolución, los movimientos sociales ganan en los nuevos proyectos, un estatuto y lugar principal en el proceso transformador, donde el partido es pensado como “articulador” y no como vanguardia esclarecida todopoderosa. Una articulación en la cual la autonomía del movimiento popular y la dirección política del partido no responden a una

fórmula definida *a priori* sino a una relación que se contruye, se define y redefine en el cotidiano de las luchas. En esa re-definición el lugar de la “vanguardia” no es un título nobiliario de ningún partido o grupo.

Las expansión de la influencia de estas experiencias de renovación conceptual hacia otras experiencias nacionales se viene dando como resultado de una inter-influencia mutua en los diversos nuevos espacios de intercambio de experiencias que han aparecido en los últimos años -como es el caso destacado del *Foro de San Pablo*- y, por lo tanto, en la conformación de un nuevo universo de ideas del pensamiento transformador latinoamericano en el cual se incorpora esa “renovación del patrimonio ideal” de que nos habla Aricó y sobre cuyo futuro sería arriesgado intentar cualquier profecía, pero sobre cuyo proceso de constitución es innegable el papel relevante de lo que denominamos en este artículo la “interferencia gramsciana”, aquella influencia que se verificó algunas veces a pesar de las intensiones de los sujetos políticos y otras sin que estos siquiera percibieran el origen remoto de las ideas con las que pasaron a expresar sus nuevos proyectos.

## Bibliografía citada

- ARICÓ, José  
1985 Prólogo a *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, In, LABASTIDA MARTIN del CAMPO, Julio, México, 1985.
- ARICÓ, José  
1988 *La cola del diablo*, Puntosur, Bs. As.
- CIENFUEGOS, Fermán  
1986 *La República Democrática*, Roque Dalton, Managua.
- CORDOVA, Arnaldo  
1988 *Antonio Gramsci e a esquerda mexicana*, In, COUTINHO, Carlos Nelson, NOGUEIRA, Marco Aurelio, (org.), 1988.
- COUTINHO, Carlos Nelson  
1989 "Cidadão Brasileiro", In *Teoria & Debate* Nro. 9, São Paulo 1990.
- FMLN  
1993 *Documentos políticos*, Alternativa, San Salvador.
- FPL- Fuerzas Populares de Liberación  
1992 *Estrategia para el desarrollo socio-económico y la democracia en El Salvador*.
- LABASTIDA MARTIN del CAMPO, Julio (coord.)  
1985 *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Editado por Julio Labastida y Martín del Campo, México, siglo XXI.
- MEDRANO, Juan Ramón  
1992 *Estrategia integral del FMLN para un nuevo país*, s.e, San Salvador.
- PCS  
1993 *Resoluções del 8 Congreso. Sobre la transición, formas de lucha, las Alianzas y la unidad*, San Salvador.
- PT  
1987 *Resoluções Políticas do 5 Encontro*, s. e., s.l.
- PT  
1989 *Resoluções Políticas do 6 Encontro*, Diretório Nacional, São Paulo.
- PT  
1990 *Resoluções do Sétimo Encontro Nacional do PT*, publicação da Comissão Executiva Nacional do PT, São Paulo.
- PT  
1991 *Resoluções do Primeiro Congresso do PT*, Diretório Nacional, São Paulo.
- PT  
1994 Programa de gobierno, PT, São Paulo

- PCA  
1996 Informe del Comité Central realizado los días 29 y 30 de noviembre. En *Nuestra Propuesta*, Buenos Aires, 12 de diciembre.
- PEDROSA, Mario  
1980 *Sobre o PT*, Ched Editorial, São Paulo.
- PORTANTIERO, Juan Carlos  
1991 Entrevista, In, *El ojo mocho*, Nº 4, Buenos Aires, verano de 1991.
- REVISTA ANALISIS, 1993, segunda época, Nº 4, Villa Constitución, Santa Fe, Argentina.
- VILLALOBOS, Joaquín  
1992b *Una revolución en la izquierda para una revolución democrática*, mimeo, San Salvador.  
1993 *Ponencia en la conferencia "Reconciliación en tiempos de transición"*, San Salvador.